

BIBLIOTECA
INFANTIL
SEVILLANA



LA CASA DEL
MONAQUILLO

ANT-XIX-1841/8



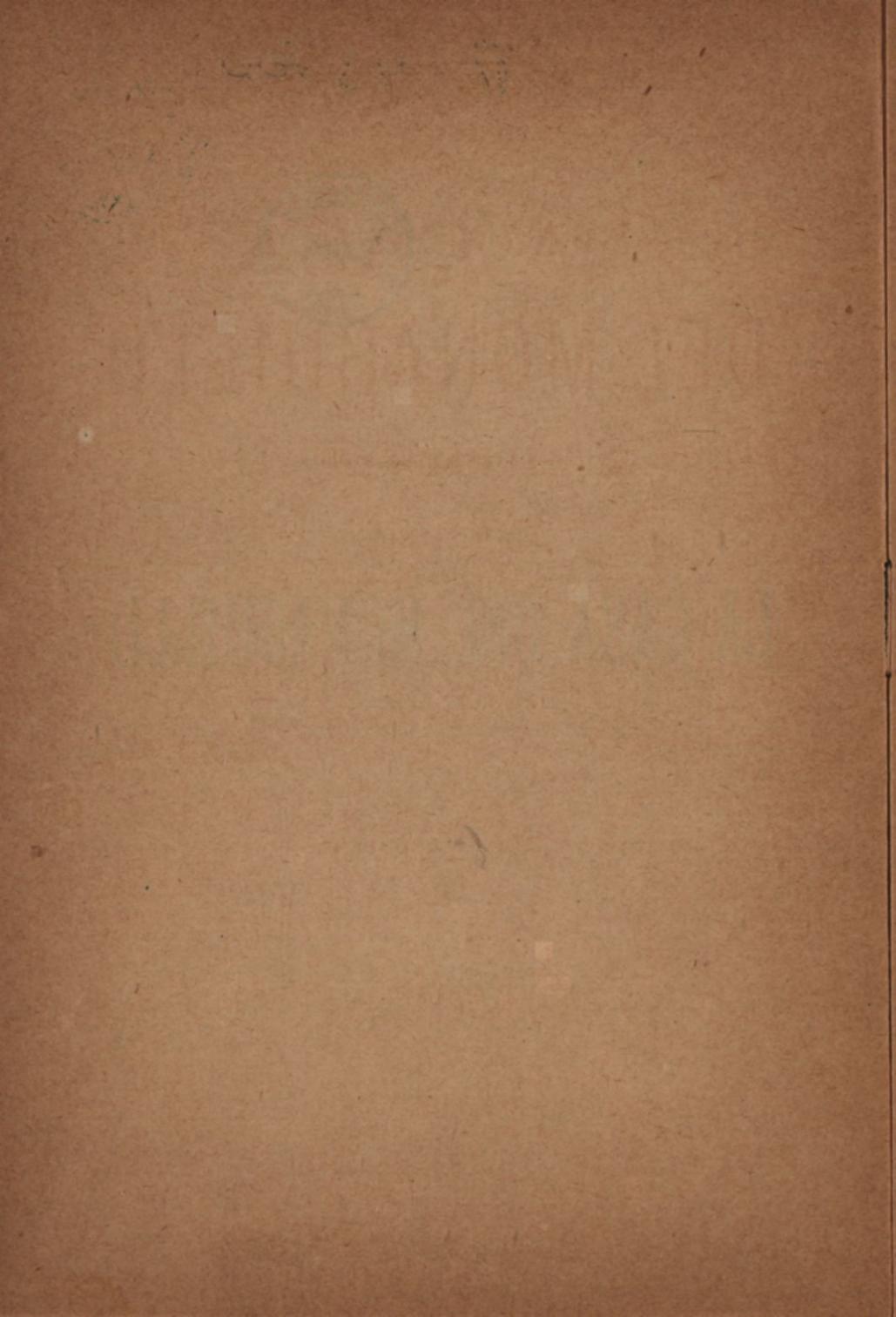
N. 43700

1
p



608 /
7

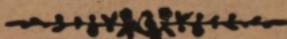
LA CASA DEL MONAGUILLO



16 cmt
BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA



LA CASA DEL MONAGUILLO



CUENTO PARA NIÑOS

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

—
Tipografía de *La Industria*, Sierpes 19.
1896

Es propiedad de su autor
D. Rafael Zambrano y Rubio.

Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



La Casa del Monaguillo



Para atender al restablecimiento de mi quebrantada salud, hallábame hace algunos años en un pueblecito que fué testigo de sangrientos sucesos en los principios del siglo actual.

La casa en que yo vivía, de pobre aspecto como la mayor parte de las del pueblo, era conocida por la «Casa del Monaguillo».

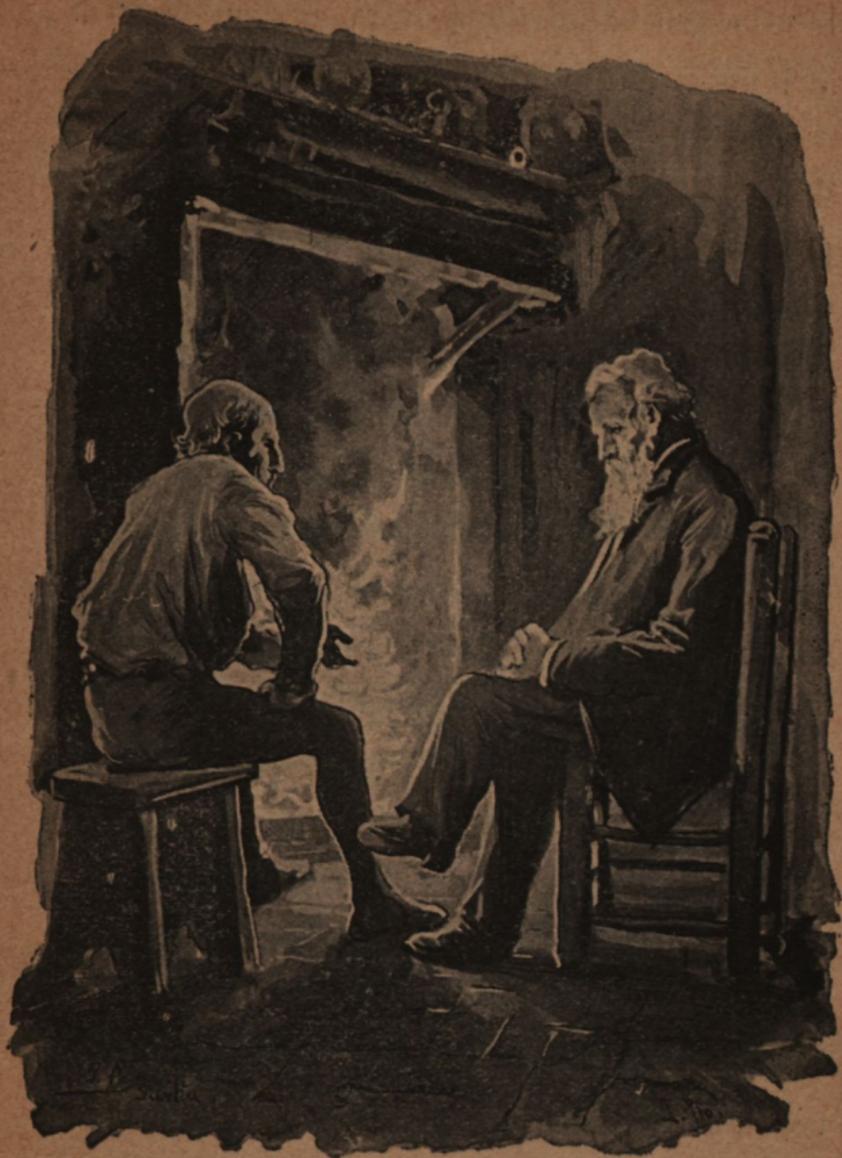
Como sospechaba que aquel nombre de-

bía de responder á algún hecho que se relacionase con algún monaguillo, pregunté quién pudiera contarme lo que sobre el particular hubiese, y al saber que el tío Pedro, viejecito que había hecho la guerra civil, podía satisfacer mi curiosidad, me trasladé á su casa.

El tío Pedro me recibió con el mayor afecto; se enteró de mis deseos, y sentados ambos á uno y otro lado de una gran chimenea en la que ardía abundante leña, se expresó del modo siguiente:

«Pues, señor, ha de saber V. que en este pueblo hubo un chiquillo, listo como pocos y trabajador como el primero. Roque, que así se llamaba, no tenía padres: vivía con su abuelo, y con el reducido jornal de éste y lo que al muchacho le daban por el cargo de monaguillo de nuestra única Iglesia, iban pasando con la miseria que V. sabe que vivimos los pobres.

Llegó el año de 1808, de tan triste re-



A uno y otro lado de una gran chimenea...

cuerdo para España: poderoso ejército francés cayó cual terrible avalancha sobre nuestra pobre Nación, y á la serie de atropellos, de desmanes y ultrajes de los invasores, respondieron multitud de actos de gran energía, de valor y de heroísmo por parte de nuestro ejército y de nuestro pueblo, hasta conseguir vencer las huestes aguerridas de Napoleón Bonaparte, el Gran Capitán de este siglo, y expulsarlas de nuestro territorio.

El tío Pedro se expresaba con un entusiasmo impropio de su avanzada edad.

El odio que nos inspiraban los invasores se hacía extensivo á los que simpatizaban con ellos, que les llamaban *afrancesados*; y tanto, que esta circunstancia sola, era lo suficiente para que procurásemos deshacernos de ellos.

En este pueblo—continuó diciendo nuestro viejecito—en la misma casa que V. habita hoy y en la que vivía entonces Roque, llegó á hospedarse por aquel tiempo un señor que

decían ser muy rico, y que por su porte parecía extranjero. Todos los vecinos empezaron á mirarle con prevención y á sospechar de él, por más que no había motivos para ello.

Así las cosas, llegó la fiesta de nuestra Patrona: en la Iglesia se celebraba una gran función en honor de nuestra milagrosa imagen; las calles y plazas se hallaban engalanadas con las más vistosas colgaduras; la mayor alegría reinaba en esta localidad, aumentada con el mucho vino del que todos abusábamos.

Un grupo de hombres nos hallábamos en el porche de la Iglesia, esperando la salida de nuestras respectivas familias; cada uno comentaba á su sabor los sucesos del día, cuando á uno de los mozos se le ocurrió decir:

—Compañeros, mucho ojo con el extranjero que tenemos aquí; porque ese, créanlo ustedes, es un espía de los franceses.

—Eso ya me lo sospechaba yo—expuso otro.

—¡Fuera del pueblo el afrancesado!—dijeron entonces unos cuantos.

—¡Que muera!—gritaron otros—así nos libramos para siempre de un enemigo.

—¡Que muera!—repetieron de nuevo.

Roque, que descendía por las gradas del porche, oyó bien claramente aquellas voces: la vida de su huésped, que no era francés, se hallaba en inminente peligro: el monaguillo aceleró cuanto pudo su marcha, y al perder de vista á los que voceaban, echó á correr con toda velocidad hacia su casa.

Cuando los amotinados llegaron á la casa del monaguillo, éste salió á su encuentro y desde el mismo umbral les dijo:

—Entrad si quereis, pero ya, perdone-mos á los muertos: el pozo de mi casa sirve de sepultura al que trataba de vendernos: yo oí vuestras voces y no quise privarme del gusto de matar á un enemigo de nuestra patria.

No satisfechos los amotinados, penetra-



Descendía por las gradas del porche...

ron en la casa: el extranjero no pudo ser habido, y como la seguridad y entereza de las palabras del monaguillo eran muy grandes, y la búsqueda por las demás casas y los alrededores del pueblo se hizo con toda escrupulosidad, siendo inútiles los resultados, todos creyeron de buena fé lo referido por el muchacho.

Al día siguiente un pelotón de soldados franceses se alojaba en el pueblo. Roque huyó de seguida, antes que, según él, pudiese alguno acusarle del asesinato del que llamaban afrancesado y le costase la vida.

Pasaron años: ya nadie se acordaba del monaguillo ni del suceso que os he referido, cuando llegaron á este pueblo el Jefe y el personal que debían hacer el estudio de la línea ferrea que nos uniera con la capital.

El Ayudante del Ingeniero era Roque: por éste supimos que su dicho Jefe era el mismo que creíamos que había sido arrojado al pozo.



Roque huyó de seguida....

Roque nos dijo: Dios me inspiró en aquellos momentos, y pude salvar á aquel hombre que era inocente, ¿pero quién iba á contener, con protestas de inocencia, la fuerza de una muchedumbre indignada, sin comprometer también su vida? Yo pude llegar antes que ustedes.

—Señor,—dije á mi huesped,— estais perdido; peligra vuestra cabeza: es preciso ocultaros: venid conmigo sin pérdida de tiempo. Lo conduje al pozo, y allí, entre mi abuelo y yo, le hicimos descender amarrado convenientemente hasta cierta distancia, donde pudo alojarse en una cavidad que existía en una de las paredes del mencionado pozo.

Aquella misma noche, disfrazado de mujer le conduje hasta sitio seguro, y yo abandoné también el pueblo para unirme á quien, agradecido á mi comportamiento, me ha dado carrera y me considera como de su propia familia.»

Una vez terminada la narración del tío

Pedro, le dí una buena suma y me retiré llevando bien impreso aquel relato, que prueba una vez más, lo bien que germina la semilla del agradecimiento en el corazón de todo hombre bueno y amante de sus hermanos.



